tiempo y no he tenido espacio para buscar mi ideal, y si lo he encontrado, no he podido estudiarlo, ni reconocerlo: esta dicha os está concedida, Bernardo, pero no profundizareis la historia natural: un hombre solo no puede abarcarlo todo.»

En cuanto á mi sospecha sobre el casamiento de Edmunda, que tanto temía, la desechaba como una obsesión de alma enfermiza; y hallaba por el contrario en el silencio de Edmunda sobre el particular una admirable delicadeza de conducta y de sentimientos.

«Si fuera una persona frívola, decía, procuraría comunicaros todos los sacrificios que ha hecho por vos y enumeraros los títulos y cualidades de los pretendientes que desprecia. Pero Edmunda tiene un alma demasiado elevada y un carácter demasiado serio para entrar en tan pueriles pormenores. Mira los convenios entre vos y ella como inviolables, y no imita á esas conciencias débiles que hablan siempre de sus victorias para hacer un mérito de lo que la verdadera virtud considera fácil é insignificante. Ha nacido tan fiel, que no imagina siquiera que puede haber quien sospeche que no lo es.»

Estas palabras derramaron un bálsamo saludable en mis heridas. Cuando Francia concedió al fin abiertamente su protección á la causa americana, recibí del abate una carta que vino á tranquilizarme enteramente sobre este punto. Decíame en ella que probablemente encontraria en el nuevo mundo á un *antiguo amigo*.

El conde de la Marche habia obtenido un regimiento y partido para los Estados-Unidos. «*Sea dicho entre nosotros*, añadía el abate, bien necesitaba crearse una posición, pues aunque modesto y despejado, ha tenido siempre la debilidad de ceder á la preocupación de familia.

Avergonzábase de su pobreza y la ocultaba como se oculta una lepra; así es que ha acabado de arruinarse, no queriendo dejar traslucir los progresos de su ruina. Las gentes atribuyen el rompimiento de Edmunda con él á este revés de fortuna, y hasta hay quien dice que estaba muy poco enamorado de la persona de la novia, y mucho de su dote. Yo, por mi parte, no me atrevo á suponerle miras tan bajas, y solo creo que ha sufrido las terribles consecuencias que producen los falsos principios sobre el aprecio de los bienes de este mundo. Si le encontrais, desea Edmunda que le mostreis interés y afecto, y le expreseis el que ella siempre le ha tenido. La conducta de vuestra prima en esto, como en todas las cosas, ha sido dechado de dulzura y de dignidad.»

II

La víspera de la partida de M. de la Marche, des-

pues de la remisión de la carta del abate, pasó en la Varenne un ligero acontecimiento que supe en América con agradable sorpresa, y que por otra parte se encadenó de una manera notable á los sucesos más importantes de mi vida, como sabreis más adelante.

Aunque gravemente herido en la desgraciada batalla de Savannah, me había ocupado activamente en Virginia, bajo las órdenes del general Green, en reunir los restos del ejército de Gates, que era á mis ojos un héroe muy superior á su venturoso rival Washington.

Acabábamos de saber el desembarco de la escuadra de M. de Ternay, y la tristeza que se habiá apoderado de nosotros en aquella funesta época de reveses y de contratiempos, principiaba á disiparse ante la esperanza de un socorro más considerable que el que nos llegó en efecto. Paseábame por entre los bosques, á poca distancia del campamento, con Arturo, y aprovechábamos aquel momento de tregua para ocuparnos y distraernos al fin con otra cosa que no fuese Cornwallis y el infame Arnoldo. Largo tiempo afligidos con el espectáculo de los males de la nación americana, y con el temor de ver la injusticia y la codicia triunfar de la causa de los pueblos, nos entregábamos á una dulce alegría. Cuando tenía una hora de descanso, olvidaba mis rudos trabajos para refugiarme en el oasis de mis pensamientos; en la familia de San Severo. En estas horas, acostumbraba á contar al

amable Arturo alguna escena bufa de mi entrada en el mundo al salir de la Roca de Mauprat, describiéndole tan pronto mi primer peinado y mi primer vestido, como el desprecio y horror de la señorita Leblanc á mi persona y sus encargos á su amigo San Juan de no ponerse jamás al alcance del brazo. No sé cómo en medio de estas divertidas figuras se presentó á mi imaginación la del solemne hidalgo Marcasse, y me puse á hacer la pintura fiel y detallada del traje, continente y conversación de este enigmático personaje. Quizás no fuese el pobre Marcasse tan realmente cómico como me lo retrataba mi fantasía; pero á los veinte años, el hombre no es más que un niño, sobre todo cuando es militar que acaba de escapar de grandes peligros, y cuando la conquista de su propia vida le llena de un orgulloso insolente.

Arturo reía de todo corazón escuchándome, y me aseguraba que daría todo su bagaje de naturalista por un animal tan curioso como el que yo le describía. El placer que sentía en participar de mis niñerías me daba verbosidad, y no sé si hubiera podido resistir al deseo de recargar un poco mi modelo, cuando de repente al revolver de un camino, nos encontramos en presencia de un hombre alto, pobremente vestido, lastimosamente descarnado, el cual se dirigía hacia nosotros con aire grave y pensativo, llevando en la mano una larga espada desenvainada, cuya punta estaba pacíficamente inclinada

hasta la tierra. Este personaje se parecía tanto al que acababa de describir, que sorprendido Arturo de la identidad no fué dueño de contener la risa que le retozaba en el cuerpo, y echándose á un lado para dejar pasar el expectro de Marcasse, se tiró sobre el cesped acometido de una tos convulsiva.

Yo, por mi parte, no me reía, porque nada de lo que parece sobrenatural deja de afectar vivamente al hombre más habituado al peligro. Con una pierna hacia adelante, la mirada fija y el brazo extendido, nos aproximamos el uno al otro, yo y él, no la sombra de Marcasse, sino la persona respetable, en carne y hueso, del hidalgo cazador de topos.

Petrificado de sorpresa, cuando ví al que tenía por expectro llevar lentamente la mano á su sombrero, y levantarlo sin perder una línea de su talla, retrocedí tres pasos, y esta emoción, que Arturo tomó por una burla de mi parte, aumentó su hilaridad. El cazador de comadrejas no se mostró alterado, creyendo sin duda en su juiciosa calma que esta era la manera de recibir á las gentes en la otra orilla del océano.

Pero la alegría de Arturo estuvo á punto de ser contagiosa, cuando Marcasse me dijo con una serenidad incomparable:

—Hace mucho tiempo, M. Bernardo, que tengo el honor de buscaros.

—Mucho tiempo hace en efecto que no nos vemos,

contesté apretando alegremente la mano de este antiguo amigo; pero dime, ¿á qué poder inaudito debo la felicidad de atraerte hasta aquí? En otro tiempo pasabas por hechicero, ¿habré yo llegado á serlo sin apercibirme de ello?

—Os lo contaré todo, mi querido general, respondió Marcasse, á quien sin duda deslumbraba mi uniforme de capitán; ¿quereis permitirme que vaya en vuestra compañia y os diré muchas cosas, muchas cosas...?

Al oir Arturo repetir á Marcasse su última palabra con voz débil y como haciéndose eco á sí mismo, manía que un momento antes estuve muy inclinado á remedar, no le fué posible contenerse y volvió á dar rienda suelta á su risa.

Marcasse se volvió hacia él, y habiéndole mirado fijamente, le saludó con una gravedad imperturbable. Entonces Arturo, recobrando lo mejor que pudo su serenidad, se levantó y le devolvió el saludo, haciendo con dignidad cómica una genuflexión tan profunda que casi tocó el suelo.

Volvimos juntos al campamento. En el camino me contó Marcasse su historia en ese estilo breve, que forzando al oyente á mil preguntas enojosas, lejos de simplificar el discurso, lo complica extraordinariamente. Sin embargo, causó no poco gozo y diversión á Arturo; pero como supongo que no hallareis el mismo placer en oir una relación exacta de este interminable diálogo, me limitaré á deciros cómo Marcasse

se había decidido á dejar su patria y sus amigos para llevar á la causa americana el poderoso socorro de su larga espada.

M. de la Marche determinó partir para la América en la época en que Marcasse, instalado en su quinta de Berri, hacia su ronda anual sobre las vigas de los graneros. La casa del conde, trastornada con esta partida, se entregaba á maravillosos comentarios sobre aquel pais lejano, lleno de peligros y de prodigios, de donde nadie volvia jamás, segun la general creencia, sino con una fortuna tan considerable y tantas barras de oro y plata, que se necesitaban diez bajeles para trasportarlas. Bajo su exterior helado, De Marcasse, semejante á los volcanes hiperbóreos, ocultaba una imaginación de fuego y un amor sin límites á lo extraordinario.

Habituado á vivir en equilibrio sobre las tablas de los edificios, en una región evidentemente más elevada que los demás hombres, y no siendo insensible á la gloria de admirar todos los dias á las gentes por el atrevimiento y serenidad de sus maniobras acromáticas, se dejó inflamar con la pintura de El Dorado, y esta ilusión fué tanto más viva cuanto que, según su costumbre, no se la confió á nadie. Así es que M. de la Marche no pudo menos de sorprenderse cuando la víspera de su partida se presentó á él D. Marcasse y le propuso acompañarle á América en calidad de ayuda de cámara. En vano M. de la

Marche le objetó que era ya muy viejo para dejar su estado y exponerse á los azares de una existencia nueva; Marcasse mostró tanta firmeza, que acabó por convencerle. Muchas razones determinaron á M. de la Marche á hacer esta singular elección.

Había resuelto llevar un criado de mucha más edad que el cazador de comadrejas, el cual no le seguía sino con mucha repugnancia, pero este hombre le merecía toda su confianza, favor que M. de la Marche otorgaba difícilmente, no teniendo más que la apariencia del boato de un hombre de suposición, y queriendo ser servido con economía, prudencia y fidelidad. Sabía que Marcasse era un hombre escrupulosamente honrado y aún singularmente desinteresado, porque D. Marcasse tenía no solo el cuerpo, sino el alma de D. Quijote, y como una prueba de su desinteres, diremos que, habiéndose encontrado entre unas ruinas una especie de tesoro, es decir, una vasija de barro que contenía una suma de cerca de diez mil francos en monedas antiguas de oro y plata, no solo se lo entregó al propietario de las ruinas á quien fácilmente hubiera podido ocultar su hallazgo, sino que rehusó la recompensa que este le ofrecía diciendo con énfasis en su lacónica jerga: *que la honradez moría vendiéndose.*

La fragilidad de Marcasse, su discreción, su puntualidad, debían recomendarle como un hombre de inestimable precio si podía habituarse á poner sus

cualidades al servicio de otro. Era, pues, solo de temer que no pudiera resignarse á perder su independencia; pero antes de darse á la vela la escuadra de M. de Ternay, creyó M. de la Marche que tendría tiempo suficiente para poner á prueba á su nuevo escudero.

Por su parte, D. Marcasse sintió algún pesar al despedirse de sus amigos y de su país; porque si bien tenía *amigos en todas partes, y en todas partes una patria*, como él decía, aludiendo á su vida errante, mostraba por la Varenne grande preferencia, y de todas sus quintas (pues acostumbraba á denominar suyos todo los sitios á donde le llamaban para utilizar su profesión), el castillo de San Severo era el único á donde llegaba con placer y de donde se alejaba con sentimiento. Y en verdad que no le faltaba razón, pues habiéndose caído una vez de un tejado, por haber perdido el equilibrio, recibió tan fuerte caída, que Edmunda, todavía muy niña, no pudo menos de enternecerse y llorar, ganándose desde entonces el corazón de D. Marcasse, quien jamás olvidó este rasgo de sensibilidad y ternura, como tampoco los cuidados que durante su enfermedad recibió de las infantiles manos de Edmunda. Desde que Paciencia habitaba cerca del parque, tuvo San Severo mucho más atractivo para D. Marcasse, porque Paciencia era su Orestes; pues aunque no siempre le comprendía, era comprendido perfectamente por Paciencia, único

hombre que supo cuánta honradez caballeresca y cuánto valor exaltado se ocultaba bajo aquella estravagante corteza. Prosternado ante la superioridad intelectual del solitario, sobrecogíase de respeto y admiración cuando no entendía su verbosidad poética. Entonces, con una dulzura interesante y absteniéndose de preguntas ó demostraciones impertinentes, bajaba los ojos, y haciendo una señal con la cabeza de vez en cuando, como si hubiese comprendido y aprobado, daba á lo menos á su amigo el inocente placer de ser escuchado sin contradicción.

Sin embargo, D. Marcasse había comprendido lo bastante para abrazar las ideas republicanas y para participar de las romancescas esperanzas de nivelación universal, y de feliz retorno á la igualdad de la edad de oro, que el honrado Paciencia nutría y abrigaba en su corazón. Habiendo oido decir muchas veces á su amigo que era preciso cultivar estas doctrinas con prudencia (precepto que Paciencia por su parte no observaba demasiado), el hidalgo, poderosamente ayudado por su costumbre é inclinación, jamás hablaba de su filosofía; pero hacia una propaganda más eficaz llevando desde el palacio á la choza, y desde las poblaciones al campo, esas ediciones económicas de la *ciencia del honrado Ricardo* y otros pequeños tratados de patriotismo popular, que, segun decian los jesuitas, hacia circular gratis entre los menestrales y últimas clases del pueblo una socie-

dad secreta de filósofos volterianos, dedicados á las prácticas diabólicas de la fracmasonería.

Había, pues, tanto entusiasmo revolucionario como amor á las aventuras en la repentina resolución de Marcasse. Largo tiempo hacía que el lirón y la garduña le parecían enemigos demasiado débiles y el área de los graneros un campo demasiado estrecho para su valor inquieto. Leia diariamente los periódicos de la víspera que encontraba en las casas que recorría, y aquella guerra de América que se designaba como la aurora de la justicia y libertad del universo, le había parecido deber traer una revolución á Francia. Verdad es que tomaba al pié de la letra esa influencia de las ideas que debía atravesar los mares y venir á apoderarse de los espíritus en nuestro continente.

Veía en sueños un ejército de americanos victoriosos descender de numerosos bajeles y traer la oliva de la paz y el cuerno de la abundancia á la nación francesa.

Veiase además en ese mismo sueño mandando una legión de heroes y presentándose en la Varenne, como guerrero, legislador y émulo de Wasinghton, suprimiendo los abusos, derribando las grandes fortunas, dotando á cada proletario de una porción conveniente, y en medio de estas vastas y severas medidas, protegiendo á los nobles, buenos y honrados, y conservándoles una subsistencia decorosa. Es inútil decir que las calamidades dolorosas de las grandes crisis políticas no entraban en el ánimo de D. Marcasse, y que ni una gota de sangre derramada venía á manchar el romántico cuadro que Paciencia desarrollaba á su vista.

Mucho debía alejarse de estas esperanzas gigantescas el oficio de ayuda de cámara de M. de la Marche, pero no le quedaba otro camino para llegar á su objeto. Los cuadros del cuerpo de ejército destinado para la América estaban llenos hacía ya mucho tiempo y no podía, sino en en calidad de pasajero agregado á la expedición, tomar puesto en un buque mercante de los que habían de seguir á la escuadra. Sobre todo esto había consultado el abate, aunque sin decirle su proyecto, de suerte que su partida fué un golpe teatral para todos los habitantes de la Varenne.

Apenas puso el pié en las playas de la Unión, conoció la necesidad irresistible de tomar su gran sombrero y descomunal espada y marchar enteramente solo delante de su amo por entre los bosques, como había acostumbrado á hacer en su país; pero su conciencia le prohibía abandonar á aquel, despues de haber contraído la obligación de servirle. Había contado con la fortuna, y la fortuna le secundó. La guerra era mucho más sangrienta y activa de lo que se había creído, y M. de la Marche temió sin razón verse entorpecido y embarazado con la salud débil de su amojamado escudero. Presintiendo además su de-

seo de libertad, le ofreció una suma de dinero y cartas de recomendación para que pudiera unirse como voluntario á las tropas americanas; pero Marcasse que sabía cuán escasa era la fortuna de su amo, rehusó el dinero y no quiso aceptar sino un pequeño salario y las recomendaciones, y partió ligero como la más ágil de las comadrejas que hubo jamás cazado.

Su intención era dirigirse á Filadelfia; pero por una casualidad, inútil de referir, supo que yo estaba en el Sur, y esperando con razón hallar en mi consejos y apoyo, se había puesto en camino para reunirse á mi, solo, á pié, por paises desconocidos, casi desiertos y frecuentemente llenos de toda clase de peligros. Su traje tan solo era lo que había sufrido, porque su figura pálida no había mudado de color, y no estaba más admirado de su nuevo destino que si hubiera recorrido la distancia de San Severo á la torre de Gazeau.

La única cosa particular que observé en él, fué que se volvía de vez en cuando y miraba atrás como si quisiera llamar á alguién; pero al punto se sonreía y suspiraba casi al mismo tiempo.

No pude resistir al deseo de preguntarle la causa de su inquietud.

—¡Ay! respondió, la costumbre no puede perderse, ¡mi pobre perro! ¡mi buen perro! Siempre decir: ¡Aquí Tejón! ¡Tejón aquí!

—Comprendo, le dije, Tejón se ha muerto y no podéis habituaros á la idea de que no volvereis á verle más siguiendo vuestras huellas?

—¡Muerto! exclamó con un gesto de espanto. ¡No, á Dios gracias! Amigo Paciencia, ¡grande amigo! Tejón feliz, pero triste como su amo: ¡su amo solo! Si Tejón está con Paciencia, dijo Arturo, es feliz en efecto, porque Paciencia no carece de nada; Paciencia le cuidará mucho por el amor que os tiene, y no debeis perder la esperanza de volver á ver á vuestro digno amigo y á vuestro fiel perro.

Marcasse alzó los ojos para mirar á la persona que parecía conocer perfectamente su vida; pero habiéndose asegurado de que jamás le había visto, tomó el partido que acostumbraba tomar cuando no comprendía: levantó su sombréro y saludó respectuosamente.

Gracias á mi eficaz recomendación no tardaron en alistar á Marcasse bajo mis órdenes, y poco tiempo después fué nombrado sargento. Este hombre tan apreciable hizo toda la campaña conmigo, y la hizo como valiente, y cuando en 1782 pasé á la bandera de mi nación y me agregué al ejército de Rochambeau, me siguió, queriendo participar de mi suerte hasta el fin. En los primeros dias fué para mi una diversión más bien que una compañía; pero muy pronto su buena conducta y su intrepidez tranquila, le granjearon la estimación de todos, y tuve que envanecerme de mi protegido. Arturo también llegó á

profesarle una grande amistad, y fuera del servicio, nos acompañaba en todos nuestros paseos, llevando la caja del naturalista y atravesando á las serpientes con su espada.

Pero cuando quise hacerle hablar de mi prima no me satisfizo Ora no comprendiese el interés que tenía yo en saber todos los pormenores de la vida que ella hacía lejos de mí, ora que se hubiese formado sobre este particular uno de esos propósitos invariables que gobernaban su conciencia, jamás pude obtener una solución clara de las dudas que me atormentaban. Lo único que pude arrancarle fué que no se hablaba de su casamiento con nadie; pero por muy acostumbrado que yo estuviese á la manera vaga con que él se explcaba, me imaginé que había dado esta respuesta con embarazo y con el aire de un hombre que se había comprometido á guardar el secreto.

El honor me impedia insistir hasta el punto de dejarle ver mis esperanzas, quedando, pues este asunto entre nosotros como cosa sagrada á que no era lícito tocar, pero en la que continuamente pensaba á pesar mio. En tanto que Arturo estuvo á mi lado conservé mi razón é interpreté las cartas de Edmunda en el sentido mas leal; pero cuando tuve el dolor de separarme de él se despertaron mis desconfianzas, y cada día se me hacia más insoportable mi permanencia en América.

Verificóse esta separación cuando dejé el ejército americano para hacer la guerra bajo las órdenes del general francés. Arturo era americano y además esperaba tan solo la conclusión de la guerra para retirarse del servicio y establecerse en Boston, al lado del doctor Cooper, quien le amaba como á hijo, y se encargó de agregarlo á la biblioteca de la sociedad de Filadelfia en calidad de bibliotecario principal, que era cuanto Arturo había deseado como recompensa de sus trabajos.

Los acontecimientos que llenaron estos últimos años pertenecen á la historia. Yo ví la paz proclamar la existencia de los Estados Unidos con un júbilo puramente personal, porque el pesar se había apoderado de mí, no había hecho más que crecer mi pasión y no quedaba hueco para el entusiasmo de la gloria militar. Antes de partir fuí á abrazar á Arturo y me embarqué con el valiente Marcasse, luchando con el dolor de separarme de mi único amigo y la alegría de vo ver á ver mis únicos amores. La escuadra de cuyo pasaje formaba yo parte, sufrió grandes vicisitudes en la travesía, y muchas veces renuncié á la esperanza de hincar jamás una rodilla en tierra delante de Edmunda bajo los venerables árboles de San Severo. En fin, después de la última borrasca que corrimos en las costas de Francia, pisé las playas de la Bretaña y caí en los brazos de mi pobre sargento que había soportado, sino con más fuerza física, á

lo menos con más tranquilidad moral, los males comunes, y se confundieron nuestras lágrsmas.

III

Partimos de Brest sin que nos precediera ninguna carta.

Cuando nos aproximamos á la Varenne, echamos pié á tierra, y enviando la silla de postas por el camino más largo, tomamos un sendero por entre los bosques. Cuando ví los árboles del parque levantar sus cabezas venerables por encima de los montes bajos, como una falanje de druidas en medio de una multitud prosternada, mi corazón latió con tanta fuerza que me ví precisado á pararme,

—¿Qué hacéis? me dijo Marcasse volviéndose con aire casi severo y como reconveniéndome por mi debilidad; pero un instante después ví su filosofía igualmente comprometida por una emoción inesperada. Un leve gañido lastimero y el roce de una cola de vulpeja en sus piernas le hicieron extremecerse y lanzó un grito al reconocer á Tejón. El pobre animal había olido á su amo desde lejos y corrió con la agilidad de su primera juventud para revolcarse á nuestros pies. Creimos por un momento que se iba á morir, porque se quedó inmóvil y como crispado bajo la mano acariciadora de Marcasse; despues, le-

vantándose de pronto como asaltadode una idea digna de un hombre, echó á correr con la rapidez del relámpago dirigiéndose hácia la cabaña de Paciencia.

—¡Sí! va á avisar á mi amigo; ¡qué perro tan leal y tan bueno!—exclamó Marcasse,—más amigo que tú no lo sería ningún hombre.

Volvióse hacia mí, y observé dos gruesas lágrimas rodar por las mejillas del impasible hidalgo.

Redoblamos el paso hasta la cabaña, en la cual se habían hecho notables mejoras; un lindo jardín rústico, cerrado por un seto vivo apoyado en algunos trozos de piedra, se extendía al rededor de la casita llegamos, no ya por el sendero pedragoso, sino por una hermosa alameda, á cuyos dos lados se veían multitud de legumbres en líneas regulares como un ejército en orden de marcha. Un batallón de coles componía la vanguardia; las zanahorias y demás hortaliza para ensalada formaban el cuerpo principal y á lo largo del vallado la modesta acedera cerraba el cortejo.

Lindos manzanos, ya fuertes, inclinaban sobre estas plantas su quitasol de verdura; y la variedad de perales, y los alfombrados cuadros de tomillos y de sálvia, que besaban el pié de los tornasoles y alelíes, revelaban las ideas de órden social y los hábitos de lujo á que había vuelto Paciencia.

Este cambio era tan notable que creí no hallarle en esta habitación. Una inquietud mucho más grave